

LIBROS

46

LETRAS LIBRES
MARZO 2019

Maurizio Viroli

• POR AMOR A LA PATRIA. UN ENSAYO SOBRE LAS DIFERENCIAS ENTRE PATRIOTISMO Y NACIONALISMO

Elvira Navarro

• LA ISLA DE LOS CONEJOS

David Pilling

• EL DELIRIO DEL CRECIMIENTO

Helen Garner

• HISTORIAS REALES
• LA CASA DE LOS LAMENTOS

Enrique Krauze

• EL PUEBLO SOY YO



ENSAYO

Patriotismo, nacionalismo y libertad política



Maurizio Viroli
POR AMOR A LA PATRIA. UN ENSAYO SOBRE LAS DIFERENCIAS ENTRE PATRIOTISMO Y NACIONALISMO
Traducción de Patrick Alfaya McShane
Barcelona, Deusto, 2019, 240 pp.

JORGE DEL PALACIO

Corría el año 1995 cuando el profesor Maurizio Viroli publicaba en la editorial Laterza el ensayo *Per amore della patria. Patriotismo e nazionalismo nella storia*, una obra llamada a convertirse en un clásico de la literatura académica sobre la cuestión nacional, sus distintos lenguajes y sus desarrollos históricos. El libro, que sería rápidamente traducido a varios idiomas, llegaba a las librerías en un momento clave para la política italiana: tras los comicios de 1994 que dieron su primera victoria electoral a Silvio Berlusconi.

Por amor a la patria se presentaba al público como un ejercicio académico de historia de las ideas cuyo objetivo era deslindar el lenguaje del patriotismo del lenguaje del nacionalismo. Separa e identifica tanto las ideas constitutivas de cada lenguaje como su desarrollo teórico y político. La tesis del libro se expone de forma clara y distinta desde las primeras páginas: a pesar de que nos hemos habituado a utilizar como sinónimos “nacionalismo” y “patriotismo”, ambos “pueden y deben ser diferenciados”. El lenguaje del patriotismo, nos dice Viroli, “ha sido utilizado a través de los siglos para fortalecer o invocar el amor hacia las instituciones políticas y la forma de vida que defiende la libertad en común de la gente, es decir, el amor a la república”. Por el contrario, el lenguaje del nacionalismo ha sido instrumental para “defender o reforzar la unidad y homogeneidad cultural, lingüística y étnica del pueblo”.

Sin embargo, ¿qué estaba “haciendo” Maurizio Viroli al escribir *Por amor a la patria*? La pregunta resulta pertinente porque Viroli forma parte de la escuela de historia contextualista de las ideas —con Quentin Skinner y John Pocock a la cabeza—, caracterizada por su atención al estudio de los discursos y problemas políticos que dan cuerpo a una época en busca de la mejor interpretación de una obra política. Como decía el propio Skinner en su obra seminal *Los fundamentos del pensamiento político moderno*: “Cuando tratamos de localizar un texto dentro de su contexto apropiado, no solo estamos dando un fondo histórico a nuestra interpretación, ya estamos embarcados en el acto de la propia interpretación.”

Esta disposición metodológica nos lleva al año de publicación del libro. No solo es relevante por la

emergencia de la figura de Silvio Berlusconi como nuevo líder de la derecha en la política italiana, sino por la inauguración de un nuevo sistema político que renacía sobre las ruinas de los partidos que habían gobernado Italia desde la posguerra, liquidados todos por la corrupción tras el caso Tangentopoli. O, como en el caso del PCI, que afrontaban desorientados el fin de la Historia tras el apogón del faro del comunismo en Moscú. Porque el libro de Viroli, si queremos responder a la pregunta de qué estaba “haciendo” al escribir el libro, es un trabajo con una tesis política de fondo que inspira y da forma a su trabajo de investigación.

Esta tesis puede reducirse a la siguiente idea: uno de los principales errores que ha cometido la izquierda en su historia es despreciar el valor del patriotismo como virtud asociada a la defensa de las instituciones propias que permiten una vida en libertad. Para ello Viroli reivindica la figura del socialista liberal Carlo Rosselli, quien señalaba que “ignorar el valor más alto de la vida nacional” fue el error histórico que permitió el ascenso de otros partidos “que basan sus éxitos en explotar el mito nacional”. Rosselli se refería al ascenso de Mussolini y el fascismo. Y Viroli, en un juego de espejos, moviliza su trabajo ante la victoria de Berlusconi y Forza Italia.

El libro de Viroli, por lo tanto, se encuentra atravesado por una tensión inevitable. La tensión que se produce entre el rigor que se supone al historiador de las ideas y la pasión del hombre de izquierda que invita a los suyos a una toma de posición política con su obra. La tensión, si se quiere poner en términos formales, entre la misión

descriptiva de la historia y la vocación normativa de la filosofía política. Nada distinto, de otra parte, a lo que sucede con uno de los principales representantes de la escuela “Ideas in Context”, Quentin Skinner. Después de dedicar su obra más valiosa a desempolvar la tradición republicana y explicar su valor en el contexto de los albores de la modernidad, se permitió dar el salto a la filosofía política para desafiar los dos conceptos de libertad de Isaiah Berlin con su ensayo prorrepblicano *La libertad antes del liberalismo*.

Esta tensión entre lo normativo y lo descriptivo hace que en ocasiones la tarea del Viroli historiador se sacrifique en beneficio de la consistencia teórica del argumento político, al punto de reducir patriotismo a sinónimo del bien y nacionalismo, del mal. Pero si descendemos al plano de la historia, no resulta tan evidente que patriotismo y nacionalismo hayan tenido siempre e inequívocamente significados antagónicos. Como tampoco resulta fácil entender el ocaso del lenguaje patriótico de la tradición republicana que Viroli reivindica con fuerza para el presente —y cuyos modelos seguían siendo las ciudades libres de la antigüedad y el renacimiento— sin atender, en paralelo, al complejo nacimiento de la política de masas y la consolidación de los Estados nación como unidad básica de la política.

Esta tensión, sin embargo, no resta un ápice de valor a un libro cuya reedición en España constituye una buena noticia. Porque viene en un momento en el que urge un debate serio e informado sobre el significado del patriotismo, del nacionalismo y, sobre todo, de su relación última con la libertad política. Y más allá de las razones que explican su origen y posición

política, no es otro el objetivo de *Por amor a la patria*. —

JORGE DEL PALACIO es profesor de historia de las ideas en la URJC y columnista en *El Mundo*.



CUENTOS

Inventario de los márgenes



Elvira Navarro
LA ISLA DE LOS CONEJOS
Barcelona, Literatura Random House, 2019, 158 pp.

ALOMA RODRÍGUEZ

Un hombre que inventa lo que ya está inventado (“su método era descubrir por sí mismo lo necesario para elaborar lo que ya estaba hecho”) construye una piragua con la que navega por el Guadalquivir y descubre una isla en la que decide pasar un par de noches a la semana. Sin premeditación alguna y sin tener en cuenta lo delicado que es el equilibrio de un ecosistema, suelta algunos conejos para que ahuyenten a unos molestos pájaros, pero que acabarán colonizando la isla. Lo que sucede con el hombre al final del relato se deja a la interpretación del lector y a su capacidad para reunir las pistas sembradas en el texto que le permiten concluir la historia de ese falso inventor, quien se ha ido mimetizando con los habitantes de la isla: su pelo, “súbitamente encanecido, lograría el blanco fabuloso de esos animales ya sagrados, y sus ojos, ensangrentados por pequeños derrames que el oculista atribuía a una persistente conjuntivitis, acabarían sanando cuando enrojecieran por completo”. Lo que ya sabe el lector

es que los conejos se han entregado a un canibalismo. Lo que el relato deja sin cerrar es hasta dónde llega la mimetización del protagonista con ellos.

Este es el cuento que da título al último libro de Elvira Navarro (Huelva, 1978), *La isla de los conejos*, y que comparte algunas cosas con los otros diez que completan el volumen: el gusto por lo fantástico, lo que queda fuera de una explicación racional de los acontecimientos. Conecta asimismo con un tema recurrente en la escritora: las periferias de las ciudades, pero también, en un sentido más amplio, lo que queda en los márgenes, lo que no suele ocupar el foco de la atención. En ese sentido, algunos de los cuentos —no solo “París Périphérie”— trazan cartografías de las zonas menos fotogénicas de las ciudades, como sucedía en los primeros libros de Navarro y como hace en su blog *Periferia*, sobre los barrios menos glamurosos de Madrid. Pero también puede verse una continuidad en su interés por los personajes en el límite del sistema, como era en sus últimos años la escritora Adelaida García Morales, a quien dedicó Navarro su libro anterior.

Otra cosa que comparten los cuentos reunidos en este volumen es que casi todos son relatos más de atmósfera que de acción: es más importante cómo es el mundo en que suceden que lo que sucede en ellos, aunque sea el anuncio de una ruptura amorosa, como en “París Périphérie” o en “Las cartas de Gerardo” —un cuento que podría emparentarse con los de Cristina Grande—; una transformación a la *Kafka*, como en “Estricnina”; la aparición repentina de una especie extinguida, como en “Myotragus”; o que a una de las protagonistas le pida amistad en Facebook un

perfil que parece ser el de su madre recién fallecida, como sucede en “Memorial”, que se cierra precisamente con una carta de la madre muerta publicada en forma de nota en la red social. Todo lo que sucede lo hace en un clima más o menos onírico, que coquetea con lo fantástico; se parece mucho a la realidad, y algunos de sus mecanismos son los mismos, pero hay detalles que revelan que no es exactamente la realidad, como sucede en los sueños. Uno de los cuentos que más me ha gustado tiene que ver precisamente con los sueños: la protagonista trabaja en un hotel de Huesca y desde su habitación, “La habitación de arriba” se llama el cuento, sueña los sueños de algunos de los viajeros que pernoctan allí y de sus compañeros de trabajo. Es un cuento con ecos de Borges y Cortázar, y también en el que aparece el humor camuflado en la desazón que consume a la protagonista del relato: “La distinción la asqueaba, sobre todo tras cursar un año de Bellas Artes y compartir piso en Málaga con un actor.” E igualmente de atmósfera es “Regresión”, que también está entre mis favoritos del volumen por cómo retrata la dureza de las relaciones en el paso de la infancia a la adolescencia, con una mirada ni nostálgica ni condescendiente. Es un cuento sobre la amistad entre dos niñas y su posterior distanciamiento que también recorre una ciudad. Quizá por eso, por las niñas y la ciudad como protagonistas, me recordó al primer libro de Navarro, *La ciudad en invierno*.

Casi todos los protagonistas de los cuentos de este libro tienen una tara mental más o menos grave y más o menos evidente que en mayor o menor medida los expulsa hacia los márgenes, físicos o no: a la periferia de la ciudad, a una ciudad de

provincias o a la locura y a comportamientos no admitidos. En ese sentido, el libro puede leerse también como un tratado de diferentes tipos de marginalidad a consecuencia de no encajar en la normalidad establecida. Los cuentos que componen *La isla de los conejos* dan muestra del talento de Elvira Navarro: son relatos en los que todo se advierte estudiado y trabajado, son cerebrales. El objetivo de la autora no parece ser complacer al lector, afortunadamente, sino que exige de su complicidad, de su capacidad para completar los huecos y confiar en su inteligencia. La marca de Navarro es el control de todos los elementos del relato: la estructura, el ritmo y el estilo de cada uno de los cuentos responden a una cuidada selección, y aunque a veces pueden resultar levemente envarados, nunca se ven los andamios. Entre las virtudes de Elvira Navarro está también el lugar desde el que observa y analiza: un lugar singular que le permite fijarse en cosas que pasan inadvertidas a los demás y hacerlo con una manera propia. —

ALOMA RODRÍGUEZ (Zaragoza, 1983) es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*.



ECONOMÍA

Contra el culto al crecimiento



David Pilling
EL DELIRIO DEL
CRECIMIENTO
Traducción de Ramón
González Ferriz
Barcelona, Taurus,
2019, 328 pp.

RICARDO DUDDA

A finales del año pasado, el periodista Max Read escribió en la

revista *New York* un artículo en el que explicaba que “menos de un 60% del tráfico web es humano”. En internet, como decía una viñeta del *New Yorker*, nadie sabe que eres un perro. El problema para Read no estaba únicamente en los bots que promueven las *fake news*, sino en que una parte del sistema se basa en métricas falsas: en YouTube puedes comprar cinco mil visualizaciones por quince dólares, en Facebook pasar por encima de un vídeo se contabiliza como una visualización, y hay granjas de bots en China, Europa del Este o Rusia donde cientos de individuos se dedican a inflar las estadísticas de interacciones online.

Ahora imagina eso en toda la economía. Es más o menos lo que sugiere David Pilling en *El delirio del crecimiento*. El periodista del *Financial Times* dice que nuestra obsesión con el PIB nos impide medir con exactitud nuestras economías y, sobre todo, el bienestar real de las sociedades: “lo que con toda confianza llamamos ‘economía’ es básicamente un producto de nuestra imaginación”. Al centrarnos en el crecimiento económico hemos olvidado otras variables y mediciones importantes.

La asociación entre crecimiento económico y bienestar existe, pero no proporciona la imagen completa. ¿Podemos decir que un país está enriqueciéndose si crece su PIB un 5% pero los beneficios de ese crecimiento van a una élite oligárquica? ¿Y si ese 5% de crecimiento interanual tiene consecuencias desastrosas para el medio ambiente? Como explica Pilling, al PIB le importa poco la moral; solo le interesan el crecimiento y la producción, vengan de donde vengan. El economista Sanjiv Mahajan dice que “si quieres aumentar el PIB,

deberías subir el impuesto sobre el valor añadido, aumentar el uso de las drogas ilegales y la prostitución e involucrarte en una guerra. Suena divertido, ¿verdad?”.

El PIB no es una medida del bienestar, sino de la producción. “Mide la capacidad de una economía para maximizar la actividad, sin importar el coste de la destrucción medioambiental o de la alteración social.” El PIB es “bruto” porque no tiene en cuenta la depreciación de los activos. Si destruir un bosque ayuda al crecimiento, bienvenido sea. Se creó en los años treinta para paliar la Gran Depresión y para medir el esfuerzo económico en la Segunda Guerra Mundial, y en cierto modo sigue atascado en esa época; a veces se adapta mal a una economía de servicios. Como explica en el libro el director de economía de Spotify, el PIB tiene un problema de encaje porque “fue diseñado en su origen para contabilizar bienes manufacturados tangibles, que están perdiendo relevancia en la economía moderna”.

Tampoco es un medidor adecuado para economías en subdesarrollo o en vías de desarrollo, donde la contabilidad nacional no es fiable. El PIB es poco ilustrativo en países mayoritariamente agrarios y con un porcentaje muy alto de economía sumergida. En estos casos, como explica Pilling, un meteorólogo hará mejores predicciones económicas que un economista. Y, sin embargo, el destino de estos países, la atracción de inversores internacionales o la ayuda al desarrollo dependen en buena medida de su crecimiento económico.

Pilling se dio cuenta de las limitaciones del PIB cuando vivía en Japón a mediados de los 2000. Su economía llevaba años estancada y

tenía una deuda muy elevada. Pero en términos reales, de desempleo, estabilidad de precios y condiciones de vida en general, la situación era muy buena. “La delincuencia era baja, el consumo de droga casi inexistente, la calidad de la comida y de los bienes de consumo era de las mejores del mundo, como la sanidad, mientras que la esperanza de vida se hallaba a la cabeza en todas las clasificaciones internacionales. Y sin embargo, visto a través del prisma de la economía, Japón era un abyecto fracaso.”

¿A qué se debe esta obsesión con el crecimiento como único medidor? Pilling no tiene una respuesta clara, pero resulta convincente en su crítica, que no cae en el romanticismo de los decrecentistas ni en el voluntarismo de quienes anticipan con regocijo el inminente fin del capitalismo. Señala deficiencias estructurales en nuestras contabilidades nacionales y en la visión que tenemos de la economía global. A veces el crecimiento va contra el bienestar. Según la economía ortodoxa, por ejemplo, los servicios públicos no cuentan en el crecimiento económico. En los países donde la sanidad y la educación son privadas, estos sectores son competitivos y crean “riqueza”. Pero es una riqueza muy limitada: tener medicinas caras y unos costes sanitarios muy altos hace que el PIB aumente, pero no parece algo bueno para el bienestar de la sociedad.

A menudo la lógica que hay detrás del culto al PIB es circular y se basa en un silogismo muy común: si el crecimiento es bueno, y el crecimiento se mide según el PIB, que crezca el PIB es algo bueno. Si la economía está en movimiento, si hay intercambios de bienes y servicios, hay crecimiento, pero eso no significa necesariamente que

seamos prósperos o sostenibles. Islandia se dio cuenta de esto con la Gran Recesión. El país basó su crecimiento en el sector financiero. En 1998 representaba un 17% de su producción económica total. En 2006 era un 26%. La renta per cápita se disparó. El país se convirtió en el sexto más rico del mundo. Cuando estalló la crisis, los islandeses se dieron cuenta de que su economía había estado durante años sobredimensionada. Al convertirse en la gran métrica, el PIB ha distorsionado nuestra percepción de la economía.

¿Qué alternativas hay? Pilling no quiere acabar con el PIB, sino combinarlo con otros medidores, como el PIB per cápita, la renta mediana, el índice de Gini (que mide la desigualdad), el Producto Interior Neto (que tiene en cuenta la depreciación de los activos), las emisiones de CO₂. Pero también tiene en cuenta alternativas ya existentes, como el IPR, usado en el estado de Maryland (EEUU), que combina el PIB con otros indicadores sociales y sustrae del índice lo que considera que va contra el bienestar general, como la contaminación o la pérdida de calidad de vida.

En *El delirio del crecimiento* Pilling resulta muy convincente. Su heterodoxia tiene fundamentos. Si no los tuviera, una frase como la siguiente sonaría casi populista: “Si ‘recuperar el control’ se ha convertido en un mantra de nuestros tiempos, entonces apartar las políticas públicas de la supervisión exclusiva de los economistas debe ser parte de la solución.” Tras leer su libro, creo que tiene razón. —

RICARDO DUDDA (Madrid, 1992) es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Este mes publica *La verdad de la tribu. La corrección política y sus enemigos* (Debate).

LITERATURA

La mirada clara
de Helen Garner

Helen Garner
HISTORIAS REALES
Libros del Asteroide,
Barcelona, 2018,
368 pp.



**LA CASA DE LOS
LAMENTOS**
Libros del ko, Madrid,
2018, 302 pp.

MARÍA JESÚS ESPINOSA
DE LOS MONTEROS

El lanzamiento reciente y simultáneo de dos obras de Helen Garner (Geelong, Australia, 1942) —*Historias reales* en Libros del Asteroide; *La casa de los lamentos* en Libros del ko— sitúan a esta autora australiana como una voz imprescindible del periodismo narrativo a la altura de otras autoras coetáneas como Renata Adler, Janet Malcolm o Joan Didion.

Con las tres comparte un carácter punzante y sagaz. De Malcolm se perciben ecos en *La casa de los lamentos*, pues allí se localiza esa posición compleja de la periodista que investiga un asesinato y se cuestiona a sí misma. Conviene, en este sentido, rescatar una de las frases con las que Malcolm comienza su libro *El periodista y el asesino*, una de sus obras más célebres y polémicas: “Todo periodista que no sea demasiado estúpido o demasiado engreído para no advertir lo que entraña su actividad sabe que lo que hace es moralmente indefendible.”

De Didion, por el contrario, sería más deudor su libro *Historias reales*.

Se trata del compendio de sus piezas de no ficción periodísticas. En la introducción al libro, Garner detalla las diferencias entre la ficción y la no ficción: “La no ficción es más fácil que la ficción, pero en su mayoría es más general y superficial. En la no ficción el contrato del escritor con el lector es distinto.” Garner explica, por ejemplo, que entrevistar no es lo que todo el mundo imagina, que “antes de probarlo crees que será como arrancar una muela”. Después, confiesa, no es para tanto. El periodismo, para Garner, en definitiva, alimenta la extraversión, mientras que la ficción exige soledad.

En *Historias reales* se despliega la escritura rápida, sencilla y acompañada de una periodista que, durante la década de los años setenta, impartió clases en diferentes institutos. La experiencia en uno de ellos le inspiró para escribir un artículo que acabaría costándole el puesto. Se trata del capítulo “¿Por qué solo les duele a las mujeres?”, en el que Garner explica qué sucedió cuando improvisó una clase de sexo con sus alumnos, dejando que ellos preguntaran lo que quisieran y empleando el vocabulario “más sucio” que ella misma estableció. Su conclusión es imbatible: “es la única clase totalmente honesta que he impartido, de la que no se ha desperdiciado ni un segundo, en la que su atención no se ha desviado ni un instante y en la que su curiosidad ha vuelto innecesaria cualquier actitud autoritaria por mi parte. Han preguntado y les he respondido”. La conclusión de su instituto también lo fue: la despidieron.

Garner se revela en *Historias reales* como gran cultivadora de la autoficción, ese género manido que ahora florece y que, sin embargo, lleva décadas —tal vez siglos— entre nosotros. Garner habla de su vida, de sus experiencias en salas de partos de

hospital o en el horno de un crematorio, hasta de su condición de madre soltera que vive gracias a las ayudas del Gobierno. En todas estas historias destaca esa escritura concienzuda y extremada que profundiza en el empleo riguroso de los adjetivos (“Acercó la mano a la tetera y unas gárgaras roncadas estallan al otro lado de la puerta trasera”) y en ciertas frases breves que, sacadas de su contexto, bien podrían convertirse en versos: “Las ranas, imperturbables, croan”, “Exige disciplina cerrar los ojos” o “Ahora los aromas nocturnos apabullan y las ranas cantan muy alto”, entre otras.

La obra de Helen Garner supone, en definitiva, un cuestionamiento incesante de lo que observa, comenzando, naturalmente, por su propia existencia, por sus propias decisiones, por sus propios libros. Así sucede en uno de los episodios finales de *Historias reales*, cuando revela qué sucedió con su libro *The first stone*, una obra publicada en 1995 que investigaba un caso de agresión sexual en uno de los colegios mayores de la Universidad de Melbourne. El libro no recogió los testimonios de esas mujeres violadas y sí, por ejemplo, el de la mujer del exdecano acusado, que habla entre lágrimas de la bondad de su esposo. De algunas partes de aquel libro se podía traslucir que parte de la responsabilidad podía caer en las mujeres. Ella lo negó rotundamente y, sin embargo, una parte del feminismo se le echó encima y apoyó la idea de no comprar ni leer su obra, pues creían firmemente que había traicionado la causa feminista y había provocado dolor al utilizar la historia de mujeres que no querían manifestarse. Al final de este texto, Garner aborda uno de los temas esenciales de su obra y de la literatura: “Acepto que *The first stone* ha causado dolor [...] No veo

cómo se puede ser artista sin causar dolor”, escribe.

Finalmente, *La casa de los lamentos. Crónica de un juicio por asesinato* es uno de los mejores ejemplos de *true crime* e incide, por supuesto, en esta última idea: en ocasiones, el escritor debe indagar en el sufrimiento ajeno para contar una historia y desvelar una maldad. En el año 2005 Helen Garner se obsesionó con un caso que sucedió en una pequeña ciudad del estado de Victoria (Australia). Un hombre —Robert Farquharson— vivía junto a su mujer y sus tres hijos pequeños. Un día, la esposa le confesó a Robert que ya no le amaba. La relación se rompió y el marido descubrió que su esposa estaba viéndose con un albano. Diez meses más tarde, después de una excursión por el Día del Padre, Farquharson llevaba a sus hijos de vuelta a casa de su madre cuando el coche se salió de la carretera y cayó en una balsa. Los tres niños murieron ahogados. El padre se salvó. Emergió entonces un debate en la sociedad australiana que mantiene ciertas connotaciones con algunas realidades de la violencia machista actual: ¿mató ese hombre a sus hijos para vengarse de la madre o todo había sido un desgraciado accidente? La historia obsesionó tanto a Garner que acudió diariamente a la Corte Suprema de Victoria para registrar cada detalle del juicio, entrevistar a los protagonistas y pergeñar un discurso sólido a propósito del sistema judicial australiano. En *La casa de los lamentos* se mezcla la mejor literatura judicial con la investigación periodística y se constata el modo feroz en el que estas historias absorben y devastan a los autores que las escudriñan.

Estos dos libros de Helen Garner suponen un acercamiento definitivo y complementario a su obra de no ficción, que posee la virtud nada

desdeñable de capturar fragmentos de auténtica vida y contarlos con inteligencia, humor y compasión. Las tres características con las que se define a sí misma: “soy una pequeña figura sombría pegada a un cuaderno y a un resfriado”. —

MARÍA JESÚS ESPINOSA DE LOS MONTEROS es periodista y jefa del proyecto de Podium Podcast.



ENSAYO

Invocación de Coriolano



Enrique Krauze
EL PUEBLO SOY YO
Ciudad de México,
Debate, 2018, 200 pp.

RAFAEL ROJAS

En *Coriolano*, una de las últimas tragedias de Shakespeare, que junto a *Antonio y Cleopatra* ilustra la fijación con Roma del gran poeta inglés, se cuenta la historia de un caudillo que pudiendo destruir Roma desiste de hacerlo por los ruegos de su madre y su esposa. Para reconstruir la leyenda de aquel caudillo, que renunció voluntariamente al despotismo, Shakespeare se basó en Plutarco. El historiador Enrique Krauze ha releído a ambos, a Shakespeare y a Plutarco, para proponer la figura de Coriolano como arquetipo del líder antipopulista en nuestro tiempo.

La función que en la tragedia de Shakespeare cumplía la voz de la madre del líder es la que cumplen hoy la opinión pública y la sociedad civil de las democracias. Hay que afinar el oído para distinguir, como decía Antonio Machado, las voces de los ecos y separar los reclamos

de un liderazgo mesiánico de las demandas republicanas de una ciudadanía ávida de derechos. En la ruidosa confusión de gritos y voces se pierde, con frecuencia, el sentido último de la voluntad popular. Esta, la voluntad popular, se vuelve, como decía el clásico, un “misterio eleusino”.

En la historiografía mexicana y latinoamericana, la obra de Enrique Krauze se ha distinguido por dos acentos: vindicar el género biográfico como método de la investigación y la escritura histórica y defender el papel central de la historia en la difusión de una cultura cívica, sin la cual es impensable la solidez de cualquier democracia liberal. La democracia, piensa Krauze, comienza por nuestra propia imagen del pasado. Difícilmente podrá construirse una democracia a partir de un relato maniqueo, schmittiano, que divide rígidamente la nación en héroes y traidores, en amigos y enemigos.

Desde los años de *Caudillos culturales en la Revolución mexicana* y *Por una democracia sin adjetivos*, la obra de Krauze ha explorado los vasos comunicantes entre la historia y la democracia, la biografía y el caudillismo. En *El pueblo soy yo* esa apuesta se reafirma por medio de la bitácora de un intelectual público capaz de escribir un ensayo erudito sobre la filosofía de la historia latinoamericana de Richard Morse o un reportaje, a ras de suelo, sobre la destrucción de Venezuela bajo los gobiernos de Hugo Chávez y Nicolás Maduro.

Las últimas décadas no han pasado en vano y Krauze hace una valiente revisión de sus lecturas formativas. Los libros clásicos de Richard Morse, *El espejo de Próspero* y *Resonancias del Nuevo Mundo*, fueron muy importantes

para comprender mejor la tradición tomista y estamental de la que surgieron los Estados latinoamericanos poscoloniales. Pero aquella genética o morfología histórica que parecía condenar a América Latina al autoritarismo —por provenir de Santo Tomás, Suárez o Vitoria, y no de Maquiavelo, Hobbes y Locke— ha sido refutada por la historia. En las últimas décadas, la forma de gobierno predominante en la mayoría de los países de la región ha sido la democracia.

Una democracia aquejada de gravísimos problemas: desde las fallas estructurales de la pobreza y la desigualdad hasta las más institucionales y culturales del frágil Estado de derecho, el ascenso de la corrupción y la inseguridad o las constantes trabas a una verdadera división de poderes. Pero se trata, en resumidas cuentas, de democracias que han sobrevivido a dos décadas de políticas económicas contradictorias, por no decir antitéticas, como las desreguladoras y privatizadoras de los años ochenta y noventa y las más estatistas y rentistas de la llamada “marea rosa” de la primera década del siglo XXI.

En su libro, Krauze se ocupa de las dos experiencias de gobiernos latinoamericanos que se han colocado fuera de esa expansión hemisférica de la democracia: Cuba y Venezuela. Mientras en la isla caribeña se abre, con pasmosa lentitud y evidentes regresiones autoritarias, un proceso de reformas económicas y de normalización diplomática de vínculos con Estados Unidos y la Unión Europea, en Venezuela, con el apoyo resuelto del propio liderazgo cubano, se avanza aceleradamente hacia la dictadura, sobre todo, luego de la imposición de una Asamblea Nacional Constituyente perpetua, en el verano de 2017. A

la vez que desataba una represión despiadada contra la juventud en las calles de Caracas, el régimen de Maduro abandonó, en la práctica, la constitucionalidad bolivariana de 1999 al desactivar el poder legislativo electo, de mayoría opositora, y prescindir de las leyes electorales y los mecanismos de democracia directa que debían refrendar cualquier reforma a la Constitución de Chávez.

Krauze terminó su libro antes del triunfo de Jair Bolsonaro en Brasil, pero el gran reto que tiene la democracia, proveniente del populismo de derecha o de izquierda, está registrado en estas páginas por el muy persuasivo decálogo populista. Todas las tentaciones del absolutismo son inventariadas con precisión de sociólogo, en un texto que, no por gusto, arranca con una cita de Max Weber: la exaltación del líder carismático, el abuso de la palabra, la fabricación de la verdad, la dilapidación de la riqueza pública, la polarización amigo-enemigo, el odio de clases, la movilización de masas, la construcción de una amenaza externa, el desprecio por las instituciones y las leyes.

Puede resultar generalizador el decálogo, o poco atento a las diferencias entre el populismo de izquierda y el de derecha o entre los populismos clásicos latinoamericanos (Vargas en Brasil, Perón en Argentina, Haya de la Torre en Perú, sin contar los casos de populismos cívicos, que no llegaron al poder, como los de Jorge Eliécer Gaitán en Colombia o Eduardo Chibás en Cuba, que fueron claramente pro-democráticos) y los neopopulismos bolivarianos de la primera década del siglo XXI, que fueron, a su vez, muy distintos entre sí. En Venezuela, Ecuador, Bolivia y Nicaragua los desenlaces de aquellos regímenes

han sido tan diferentes como sus propios orígenes. La homogénea retórica bolivariana ocultaba esas diferencias que emergen lo mismo en la represión de Maduro y Ortega que en la estabilidad macroeconómica de Evo Morales o el desplazamiento a una izquierda más moderada con Lenín Moreno.

Me atrevería a recomendar al lector impaciente, sobre todo al lector impaciente joven de izquierdas, preocupado por la construcción de estereotipos antipopulistas, que empiece su lectura por el final del libro, donde se caracteriza el populismo ultraconservador, de derechas, de Donald Trump, en Estados Unidos, como un fascismo americano. Ahí se observará que muchos de los elementos positivos del populismo clásico latinoamericano, como el esfuerzo de inclusión social, el combate a la pobreza y a la desigualdad o la dilatación de la clase media, están ausentes del proyecto racista y xenófobo del nuevo presidente de Estados Unidos.

Este libro de Enrique Krauze se suma a una corriente intelectual

global que parte de la certeza de que las democracias pueden autodestruirse. Si no se autodestruyen, como advierten el politólogo australiano John Keane, el filósofo canadiense Charles Taylor, el historiador de Yale Timothy Snyder, el de la New School for Social Research Federico Finchelstein o el profesor de Harvard Steven Levitsky, las democracias pueden degenerar hasta convertirse en regímenes híbridos como los autoritarismos electoralmente competitivos, las dictaduras plebiscitarias o las democracias iliberales. A esa salida antidemocrática puede llegarse desde el populismo de derecha o desde el populismo de izquierda.

Pero Krauze, historiador al fin, nos recuerda que la certeza de que las democracias pueden autodestruirse no es reciente sino tan vieja como la democracia misma. Es tan vieja la sospecha del suicidio de la democracia que es ateniense y aparece ya en las comedias de Aristófanes y los dramas de Esquilo, los *Diálogos* de Platón o la *Política* de Aristóteles, asociada siempre a la

figura del demagogo. La demagogia es el género retórico y gestual del populismo: por ella habla el líder que cree transferida a su persona la soberanía que solo puede corresponder a su titular originario: el pueblo.

Una vez que se ha producido esa transferencia fatal de la soberanía al caudillo, las instituciones y las leyes están en riesgo. El despotismo las acecha, sobre todo, por la vía plebiscitaria. Solo así se explica que gobernantes electos con más del 50% de los votos, en elecciones limpias, ejemplares, legitimen su programa de gobierno con ejercicios de democracia directa en los que interviene menos del 1% de la población. Este libro de Enrique Krauze es una invocación de Coriolano en el México del siglo XXI. Un llamado a la defensa de la democracia en un momento en que la amenaza del autoritarismo es tan real como las ruinas de Atenas. —

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Taurus publicó el año pasado *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*.

LETRAS
LIBRES

91 402 0033

revista@letraslibres.es

www.letraslibres.com/suscripcion

SUS
CRI
BASE

50€
anual